

PARÁBOLAS DE SAN BERNARDO

INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XII, las Artes Literarias que entonces florecieron en los claustros, se expresaron no sólo en el estilo ciceroniano de tratados, cartas o sermones, sino también en la asunción de géneros literarios simples y llanos como sentencias y proverbios, que ponían a prueba el ingenio de los autores espirituales y facilitaban la transmisión de sus doctrinas. Junto a estas formas, por otra parte tradicionales en la literatura monástica¹, encontramos las parábolas, piezas breves y amenas dirigidas a un público menos culto. Galland, monje de Rigny contemporáneo de San Bernardo, declara su utilidad:

Ya que muchos están de tal manera a disgusto y poseídos por el vicio de la acedia —dice— que con dificultad pueden dedicarse a la lectura (ut lectioni vacare), y si por otra parte, mientras se leen cosas fabulosas o inauditas, inmediatamente en razón de la novedad, agudizan los oídos, también nosotros contemos fábulas, pero que estas contengan más motivos para la edificación que para la vanidad².

Estas fábulas o parábolas revisten una doble finalidad: por una parte vencer la acedia de los oyentes gracias al interés que suscita su forma narrativa, y por otra, edificarlos con una enseñanza es-

1. Ya desde el siglo IV circulan en los ambientes monásticos colecciones de sentencias, a veces brevísimas como en el caso de Evagrio Póntico, o más extensas como las de S. Máximo el Confesor o Thalasio. Sobre esta literatura ver: I. HAUSHERR, art. *Centuries*, *DSp* 11, 416-418, que estudia la tradición griega. El occidente latino conoció una forma semejante; testigos son en el s. VII/VIII; el *Liber Scintillarum* del DEFENSOR de LIGUGE (éd. H. Rochais *SChr* 77. 86). En pleno apogeo carolingio, ESMARAGDO compondrá su *Diadema monachorum* (PL 102, 593-690), según cánones parecidos.
2. *Parabolæ*, F. 180A; citado por J. Leclercq en *Les Paraboles de Galland de Rigny, Analecta Monastica* (1ère série), Città del Vaticano, 1948, p. 169. También ALAIN de LILLE escribe un *Liber Parabolarum*, ver: PL 210, 581-594. Sobre el uso de similitudo y de parabola: R. JAVELET, *Image et Ressemblance au Douzième Siècle*, t. II, Paris, 1967, pp. XXXVIII-XL nota 46.

piritual. Ellas se construyen mediante un juego de similitudines. A temas de inspiración bíblica se aplican imágenes que evocan en la mayoría de los casos la literatura caballeresca de la época o del humanismo courtois, entonces en boga³. Pero su objeto principal será siempre educar la fe en la disciplina claustral.

San Bernardo utilizó también estos géneros literarios. En la edición crítica de sus obras encontramos así tres series de Sentencias y una colección de Parábolas⁴. Ya Dom Jean Mabillon había publicado cinco de éstas, reproducidas en la edición de J.-P. Migne⁵. Ellas forman un conjunto homogéneo. La primera, inspirada en la perícopa evangélica del hijo pródigo (cf. Lc 15, 11ss.), nos presenta el tema en torno al cual giran las otras: el combate espiritual como un camino de regreso desde la región de la desemejanza hacia la casa paterna. Este retorno es escenificado dramáticamente, es el mismísimo Rey el que sale a rescatar a su hijo y heredero. Babilonia y Jerusalén se enfrentan y cada una cuenta con sus propias fuerzas. Así, vicios y virtudes son personificados, y se urden estratagemas para librar al libre albedrío ahora prisionero. Las virtudes teológicas vienen en ayuda de las cardinales y el brioso caballo del deseo de Dios y el arma potentísima de la oración, vencen por fin al enemigo. El triunfo final manifiesta el poder del Rey verdadero y de su gracia. De modo épico, lo que Bernardo quiere enseñar a su auditorio, es la íntima colaboración existente entre Dios y el hombre, a fin de suscitar una renovada confianza en el poder del Padre.

A estas cinco primeras parábolas, el P. Jean Leclercq añadió otras tres⁶, las cuales guardan entre sí grandes diferencias estilísticas.

La primera de esta tríada —sexta de la edición crítica— presenta una construcción peculiar. Comienza con una introducción de carácter doctrinal relativa a cuatro formas de tentación y su remedio, o cuatro formas correspondientes de vigilia; sigue después la parábola propiamente dicha, que es más narrativa que escénica.

3. Sobre esta literatura ver M. -M. DAVY, *Initiation à la Symbolique Romane* (XIIe. Siècle), Paris, 1977, pp. 261-268.

4. *S. Bernardi Opera*, vol. VI, 2; éd. J. Leclercq—H. Rochais, Romae, 1972.

5. PL 183, 757-772.

6. Primeramente en *Études sur Saint Bernard et le texte de ses écrits, Analecta Sacri Ordinis Cisterciensis* IX, 1-11, 1953, e incorporadas definitivamente en la edición crítica (ver nota 4).

La segunda parábola de este grupo es más bien un diálogo entre un monje y el Señor, sobre las ocho bienaventuranzas. La tercera y última se asemeja por su brevedad al estilo apotegmático.

Publicamos a continuación la versión castellana de estas parábolas. La traducción del P. Pablo Saenz osb, se basa en la ya mencionada edición de J. Leclercq—H. Rochais.

*Abadía de San Benito de Luján
C. C. 202
6700 Luján (B)
Argentina*

Agustín COSTA, osb

* * *

PARÁBOLAS DE SAN BERNARDO

I. EL HIJO DEL REY

1. Dios omnipotente, rey rico y poderoso, creó al hombre y lo hizo su hijo. Como era un niño delicado, lo encomendó a pedagogos: la Ley y los Profetas, y a otros tutores y curadores, hasta un tiempo determinado de su desarrollo. Lo instruyó y lo enseñó, y lo hizo señor del paraíso, y le mostró y prometió todos los tesoros de su gloria, si no se apartaba de él. Y para que nada faltara a estos dones, le concedió también el libre albedrío, para que el bien que hiciera fuera voluntario y no forzado. Pero en cuanto aquél recibió el poder de hacer el bien y el mal, se fue del paraíso de la buena conciencia buscando cosas nuevas que desconocía, él, que hasta entonces no conocía sino cosas buenas. Abandonó las leyes y los pedagogos del Padre, y comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, contra la prohibición de su Padre. Y el desventurado, escondiéndose y huyendo del rostro de su Señor, comenzó a vagar, como muchacho insensato, por las montañas de la soberbia, por los valles de la curiosidad, por los campos de la licencia, por las selvas de la lujuria, por los pantanos de los deseos carnales, por las olas de las preocupaciones del siglo.

2. El antiguo ladrón, viendo al lascivo muchacho sin custodia y sin dirección, que vagaba lejos de la casa de su Padre, se acercó, e incitándolo perversamente le ofreció la fruta aquella de la desobediencia. En cuanto obtuvo su consentimiento, atacó al desdichado, lo echó por tierra y lo precipitó en los deseos terrenales, atándole los pies, estos es, los afectos de la mente, con las fortísimas ataduras de la concupiscencia del siglo, para que no se levantara, así también como las manos de su obrar y los ojos de su mente. Lo embarcó en la nave de la falsa seguridad, y soplando el fuerte viento de la adulación, lo llevó a la lejana región de la "desemejanza". Cuando éste llegó a una tierra que le era extraña, se vendió a todos los que pasaban por el camino.

Aprendió a cuidar cerdos, y a comer las bellotas de los cerdos. Olvidó todo lo que había aprendido, y aprendió trabajos serviles que no conocía. Encerrado en la cárcel de la desesperación, donde deambulan los ímpíos, fue obligado a moler en aquella rueda de molino del ímpío, como salario de la mala conciencia, ¡oh dolor!

3. Pero ¿dónde está ahora aquel Padre poderosísimo, dulcísimo, generosísimo? ¿Acaso puede olvidarse del hijo de sus entrañas? Imposible, imposible. No se olvida sino que se compadece, se duele, y se lamenta de la ausencia y de la perdición del hijo, y envía a los amigos, pide a los siervos, y conjura a todos a que lo busquen.

Uno de sus siervos, el Temor, siguiendo las huellas del fugitivo por mandato de su Señor, encuentra al hijo del rey en lo hondo de una mazmorra, cubierto por las inmundicias de la cárcel de sus pecados, ligado con las ataduras y cadenas de los malos hábitos, como un miserable y un loco, tranquilo y sonriente en medio de su miseria. Entonces quiso urgirlo con palabras y azotes para que saliera de allí y volviera, pero sólo consiguió hundir al miserable en una gran confusión y dejarlo postrado como un moribundo, con el vientre pegado a la tierra. Siguiendo sus huellas entró otro servidor llamado Esperanza, y vio al hijo del rey, a quien Temor no había levantado sino hundido, no había ayudado sino abatido, y se acercó mansamente. *Levantando del polvo al desvalido, y alzando de la basura al pobre* (Sal 112, 7), sostuvo su cabeza, y asiendo el paño del consuelo le enjugó los ojos y la cara diciéndole: “¡Ay, cuántos jornaleros de tu Padre tienen pan en abundancia, y tú te mueres de hambre aquí! Levántate, te ruego, ve a tu Padre y dile: ‘Padre, trátame como a uno de tus jornaleros’”. Entonces aquel, volviendo por fin apenas en sí, dijo: “¿Tú eres Esperanza? ¿Cómo pudo Esperanza descubrir la entrada del abismo tan terrible de la desesperación?” Ella le respondió: “Yo, yo soy la Esperanza enviada por el Padre. Yo te ayudaré, no te abandonaré hasta que te introduzca en el aposento de tu madre”. “¡Oh—dijo entonces aquel— dulce alivio de las penas, dulce consuelo de los desdichados! ¡Oh, una de las tres que asisten en el aposento del rey, y no ciertamente la más pequeña! Ves el cruel abismo de mi cárcel, ves las ataduras, que, sin embargo, fueron ya en gran parte rotas y desatadas a tu llegada, ves la ingente multitud de los que cautivan, su fuerza, su rapidez, su astucia, ¿qué haces aquí?” Y Esperanza responde: “No temas, el que nos ayuda es misericordioso, el que pelea por nosotros es omnipotente. *Son muchos más los que están con nosotros que los que están con ellos* (2R 6, 16). Y además

te traje, enviado por el Padre, el caballo del deseo. En cuanto lo montes escaparás sano y salvo de todos estos, bajo mi guía". Luego de decir esto, colocó los blandos aperos de la piadosa devoción, le puso las espuelas de los buenos ejemplos, y montó al hijo del rey sobre el caballo del deseo, pero sin freno, tan grande era el apuro por huir. Al instante el caballo corre desenfrenadamente. Esperanza lo tira de adelante, y Temor lo apremia desde atrás con latigazos y amenazas. Entonces, al ver esto, *se angustiaron los príncipes de Edom, los fuertes de Moab fueron sobrecogidos de temor; temblaron todos los habitantes de Canaán. Cae sobre ellos pavor y espanto por la fuerza de tu brazo; quédense inmóviles como piedra, hasta que pase tu hijo, Señor, el hijo que poseíste (Éx 15, 15-16)*. Pero cuando así se comportan los que se apresuran, huyen, ciertamente, pero no sin peligro, porque lo hacen sin discreción y sin consejo.

4. Por eso, enviada por el Padre, acude Prudencia, que es una de las más altas autoridades del palacio, en compañía de su amiga Templanza, y deteniendo a los que corren les dice: "Despacio, por favor, despacio, que nuestro Salomón dice que *el que tiene pies ligeros, tropieza (Pr 19, 2)*. Si corréis, tropezáis; si tropezáis, caéis; si caéis entregáis a los enemigos el hijo del rey, a quien os encargaron de liberar. Pues si llega a caer, al instante le echan mano". Dicho esto, le puso el freno de la discreción al brioso caballo del deseo, y le encargó a Templanza que tomara las riendas. Y como Temor se quejará de la proximidad y del poder de los enemigos, y de la lentitud de la huida, le dijo: "¡Vete de aquí, Satanás! Piedra de escándalo eres para nosotros. *El Señor es nuestra fuerza y nuestra alabanza. Él es nuestra salvación (Éx 15, 2)*. Entonces Fortaleza, egregio soldado del Señor, llegó por el campo de la confianza, y desenvainando la espada de la alegría dijo: *No temáis, son muchos más los que están con nosotros que los que están con ellos (2R 6, 16)*. Entonces Prudencia, que suele asistir a los consejos de la corte celestial, dijo: "Tened cuidado, porque como dice mi Salomón, *la herencia que se adquiere al principio con rapidez, al final no será bendecida (Pr 20, 21)*. Andad, pues, no tan rápido cuan prudentemente. Aunque en el camino mismo no haya enemigos, éstos suelen poner emboscadas junto al camino, en los bivos o trívios, o en los recodos de los senderos. Por eso yo os voy a preceder. Vosotros manteneos en el camino de la justicia, y pronto llegaremos a la fortaleza de la Sabiduría, que no está muy lejos de nosotros. De la Sabiduría es de quien se dice: *Si deseas la Sabiduría aprende la justicia (Si 1, 33)*.

5. Así, mientras Temor apresura el andar, Esperanza atrae; Fortaleza protege, Templanza modera, Prudencia provee e instruye, Justicia conduce y lleva a su término. Cuando el hijo del rey se acerca a la fortaleza de la Sabiduría, al oír ésta que va a llegar el nuevo huésped, anticipándose a su deseo acude y se presenta en el camino alegremente. Un foso profundo de humildad rodeaba la fortaleza. Sobre ésta se había edificado el muro fortísimo y muy hermoso de la obediencia, que llegaba hasta los cielos, decorado espléndidamente por todas partes con pinturas de historias de buenos ejemplos. Estaba construido con bastiones, y mil escudos colgaban de él, todos los armamentos de los fuertes. La puerta de la profesión estaba abierta para todos, y el portero, en el umbral, hacía pasar a los dignos, y rechazaba a los indignos. Un pregonero clamaba en la puerta: "Si alguien ama la Sabiduría, venga a mí y la hallará, y cuando la encuentre, será feliz si la abraza". El hijo del rey fue, pues, introducido aquí, conducido por la Sabiduría que salió a buscarlo, o mejor dicho, fue llevado en brazos, acompañado de los regalos de la familia real, al punto más alto, al centro de la ciudadela, donde *la Sabiduría se edificó una casa y labró siete columnas* (Pr 9, 1), sometió a las gentes y con su propia fortaleza pisó el cuello de los soberbios y altivos. Allí es colocado en el lecho de la Sabiduría, al que *rodean sesenta campeones de Israel, cada uno con su espada al costado* (Ct 3, 7-8). Llega David con tambores y danzas, con trompas y flautas, y demás paraninfos de la corte celestial, más gozosos y exultantes *por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia* (Lc 15, 6).

6. Pero he aquí que un viento huracanado de fuego que venía del norte azotó la casa sacudiéndola, y conmovió la fortaleza de la Sabiduría. Había salido, efectivamente, el Faraón con sus carros y caballos a perseguir a Israel que huía. *Están de acuerdo en la conjura y hacen liga contra él, los beduinos, idumeos, ismaelitas, moabitas y agarenos, Gebal, Amón, Amalec, los filisteos junto con los tirios. También Asur, ese gran demonio exterminador, se alzó contra ellos* (Sal 82, 6-9). Y ¿qué más? Pues que la ciudadela fue sitiada. Se levantan las máquinas de asedio de las tentaciones, el enemigo aquel acomete por todas partes, el dragón, en emboscadas, el león, abiertamente; presiona a los aliados, perfora los muros, arroja fuego, promueve la guerra, pone insidias, amenazando la ruina de todo el mundo. Reinaban en el interior el temor y la angustia. A causa del violento e imprevisto ataque del enemigo, *todos rodaban y se tambaleaban*

como borrachos, y no les valía su pericia. Pero gritaron al Señor en su angustia (Sal 106, 27-28). Corren al baluarte de la Sabiduría, le cuentan las malas noticias y le piden consejo. Prudencia, vuelta en sí, pregunta a Sabiduría lo que debe hacer. Dice ésta que hay que apurarse y pedirle auxilio al rey supremo. Y ¿quién irá de parte nuestra? (Is 6, 8), le contesta. “La Oración —responde— y para que no se demore en el trayecto, que monte el caballo de la Fe”. Buscan a la Oración largo tiempo. Por fin es hallada entre el tumulto, y se hace presente. Monta el caballo de la Fe, sale por el camino del cielo, y no se detiene hasta entrar por las puertas de su Señor con acción de gracias, y por sus atrios con himnos. Y como servidor de la casa, se llega con confianza ante el trono de su gracia y le expone el asunto que la urge. Cuando el rey oyó el peligro, se volvió a la copartípe de su reino, la Caridad, y le dijo: “¿A quién enviaré, y quién irá de parte nuestra?” Y ella le dijo: “Aquí estoy, mándame a mí” (Is 6, 8). Entonces dijo el rey: “Vencerás y los libertarás”. Al instante se retiró la Caridad, reina del cielo, de la presencia del Señor, acompañada de toda la corte celestial. Salió y descendió hasta la fortaleza, alegrando al instante a todos con su virtud y su presencia, y puso allí en orden todo lo conmovido y calmó todo lo turbado. Devolvió la luz a los desdichados y la confianza a los tímidos. Se hicieron presentes la Esperanza, que casi se había escapado, y la Fortaleza, que casi había sucumbido. Toda la milicia de la Sabiduría vuelve a cobrar ánimo. Los enemigos que sitiaban se dijeron: “¿Qué significa este gran entusiasmo en la fortaleza? Ni ayer ni antes de ayer había tanta alegría. ¡Ay de nosotros! ¡Dios vino a la fortaleza! ¡Ay de nosotros! ¡Huyamos de Israel, el Señor pelea por ellos (Éx 14, 25). Así, mientras huían los enemigos, el correr de la gracia de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio no vacila, Dios la socorre al despuntar la aurora. Los pueblos se amotinan, los reyes se rebelan; pero él lanza su trueno y se tambalea la tierra. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob” (Sal 45, 5-8). La reina Caridad tomó al hijo del rey, a su propio hijo, lo llevó al cielo y lo devolvió a Dios Padre. El Padre, calmo y sereno, salió a su encuentro y dijo: *Traed pronto el mejor vestido y vestido, ponéle un anillo en la mano y sandalias en los pies. Traed el novillo cebado y matadlo. Comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado (Lc 16, 22-24).*

7. Fíjate en estas cuatro cosas que sucedieron en el proceso de liberación de nuestro muchacho: Primero en el arrepentimiento, que es fatuo; segundo en la huida, que es temeraria e irracional; tercero en la pelea, que es vacilante y temerosa; y cuarto en la victoria, que es fuerte y sabia. Todas estas cosas las encontrarás en cualquiera de los que huyen del mundo. Primero será fatuo e insipiente; luego imprudente y temerario en la prosperidad, pero vacilante y pusilánime en la adversidad; y al final, prudente, sabio y perfecto en el reino de la caridad.



II. LA CONTIENDA DE LOS DOS REYES

1. Entre Babilonia y Jerusalén no existe la paz sino una continua guerra. Cada ciudad tiene su rey: el rey de Jerusalén es Jesucristo y el rey de Babilonia el Diablo. Y como uno se complace en reinar con justicia, y el otro siempre con malicia, por eso el rey de Babilonia trata de arrastrar a su ciudad a los ciudadanos de Jerusalén que consigue seducir por medio de sus ministros, esto es los espíritus inmundos, para hacerlos servir a la iniquidad, en provecho de la iniquidad.

Cuando el espíritu de Misericordia, que había sido designado vigía sobre los muros de Jerusalén, vio afrastrar a uno de sus conciudadanos, avisó al rey que el cautivo era llevado a Babilonia. El rey de Jerusalén llamó al espíritu de Temor, soldado bien dispuesto para tales lances, y le dijo: "Ve, y arráncale la presa". Aquél, que siempre está listo para cumplir las órdenes, sigue y persigue velozmente al enemigo, en cuyos oídos *se produjo de repente un ruido como de viento que soplabá con vehemencia (Hch 2, 2)*. Temor, efectivamente, tronó sobre ellos, y la potencia de su voz hizo estremecer todo el vigor del enemigo. Temor no persiguió mucho al enemigo, sino que se limitó a conducir de nuevo al conciudadano salvado hacia la casa. Uno de los enemigos, a saber, Tristeza, no estaba con los demás cuando llegó Temor, y al ver a sus compañeros que huían velozmente, salió con rapidez del escondite donde se ocultaba. Ellos le dijeron: "Temor, él sólo, es el que ha hecho esto,

y es una vergüenza para nosotros". Y ella respondió: "No le temáis a este Temor. Yo sé lo que hay que hacer. Iré, y seré un espíritu mentaz en los recodos del camino, fingiendo ser amiga de Temor. Conozco a este hombre; con él no hay que actuar con violencia sino con engaño. Vosotros aguardad el resultado". Hizo como dijo, y yendo por unos atajos se adelantó a Temor. Volviendo, luego, por el camino por donde iba Temor, se le presentó, y mezclando en la conversación expresiones amistosas con otras inicuas, comenzó a seducirlo. Temor, sin saberlo, la seguía de buen grado. Ya estaba próximo a arrojarlo a la fosa de la desesperación, cuando el vigía le avisa al rey lo que sucede. El rey manda a buscar a uno de sus soldados, la Esperanza, y le ordena que, montado en el caballo del deseo, y armado de la espada de la alegría, acuda prontamente en ayuda de Temor. A la orden del rey, partió el fiel soldado, y al llegar al lugar, blandiendo la espada de la alegría, puso en fuga a Tristeza. Luego montó al conciudadano liberado en el caballo del deseo, y lo condujo tirando él de la soga de la promesa, mientras Temor lo seguía urgiéndolo con un látigo hecho con las cuerdas de los pecados.

2. Iba, pues, resueltamente el caballo, atraído de aquí, impulsado de allí, pero en tan rápida carrera corría el riesgo de ser atacado. Por su parte, los soldados babilónicos se reunieron en consejo y se dijeron: "¿Qué haremos, ya que se nos escapa el que teníamos casi seguro? ¿Cómo es posible que el aplauso del infierno se haya trocado en llanto, y por obra de sólo dos soldados haya alegría en el cielo por la liberación de uno de sus conciudadanos? ¿Cómo fracasó la habilidad de la astucia diabólica?". Uno de ellos, peor que los otros, y que era el autor de este crimen, dio un siniestro consejo diciendo: "Vosotros no sabéis nada, ni pensáis, porque ahora es más fácil capturarlo, y una vez capturado, ya más difícilmente podrá escaparse. Vosotros seguidme de lejos que yo me transfiguro en ángel de luz, y voy a engañar a estos que, como extranjeños y peregrinos que son, no conocen el camino, fingiendo enseñárselos". Así se trama, pues, el engaño. Pero he aquí que el vigía anuncia a nuestro rey que viene un hombre montado sobre el caballo del deseo, y que corre más de lo debido, porque le faltan el freno y la silla. Dice: "Los enemigos lo persiguen de lejos. Veo también a otros que, como habituados a obrar mal, toman los atajos de los caminos. Ahora veo a uno que tiene la insignia de nuestras armas, pero no proviene de nosotros. Es necesario que alguien vaya a preguntarle: *¿Eres de los nuestros o de los adversarios?* (Jos 5,13).

3. El rey, que ciertamente se preocupa siempre del cuidado de las almas, manda dos consejeros suyos, Prudencia y Templanza. Templanza le puso al caballo el freno de la discreción, y Esperanza persuadió al jinete a que anduviera más despacio. Prudencia, por su parte, increpó a Temor, lo acusó de falta de rectitud, y lo amonestó para que no obrara así en el futuro. Ensilló el caballo con la montura de la circunspección, para que el jinete no volviera atrás sino que se afirmara, después de confesar el pecado pasado, frente a la meditación del juicio, apoyándose a la izquierda, en la paciencia, y a la derecha, en la humildad. Además, Esperanza y Temor le pusieron espuelas, Esperanza, en el pie derecho, la esperanza del premio, y Temor, en el izquierdo, el miedo a la pena.

4. Al cabo de algún tiempo, cuando ya atardecía y caía el día, de nuevo se reunió la multitud de los enemigos para pelear contra ellos. Tiene miedo Temor. Esperanza se apura. Apenas pudo Templanza persuadirlos de seguir el consejo de Prudencia. Esta les dijo: "Veis que el día ya pasó y que la noche se aproxima. *El que anda en tinieblas no sabe adónde va (Jn 12, 35)*. Además nos queda por hacer un gran trecho de camino, y el número de los enemigos no es pequeño. No muy lejos de aquí tiene su campamento un fidelísimo soldado de nuestro rey, llamado Justicia, a quien conozco. Es un lugar segurísimo, porque construyó su nido sobre la roca. Vayamos allí si os parece, porque será bueno estar allí". A todos les pareció bien, y preguntaron quién los conduciría. Dijo Prudencia: "Razón, mi escudero, nos precederá. Conoce bien los caminos, y Justicia lo conoce a él, porque es consanguíneo suyo". Razón, pues, marchó adelante, y los demás lo siguieron. Llegó primero Razón, saludó a Justicia, y le anunció la llegada de los huéspedes. Le pregunta ella quiénes son y a qué vienen. Cuando se entera, se levanta con rostro alegre y sale al encuentro de los que vienen huyendo, llevándoles panes, dirigiéndose hacia ellos como digna madre. Acogió, luego, al alma temerosa, la hizo apearse del caballo y la hospedó en lo más escondido de su casa.

5. El ejército enemigo que la sigue sitia el campamento, y *buscando como león rugiente a quién devorar (IP 5, 8)*, hurga por todos lados para descubrir una entrada. Pero como encuentra que todo está fortificado, arma las tiendas y pone centinelas para que nadie pueda entrar o salir, esperando que amanezca para destruir los muros con máquinas de guerra. Entre tanto Temor, impulsado

por el miedo, sobresalta a sus compañeros de armas, persigue con preguntas a Justicia queriendo cerciorarse sobre la seguridad de la fortificación del lugar, sobre el estado de las armas, preocupado también de que se carezca de alimentos para el sustento. A lo que Justicia responde: "El emplazamiento del recinto, como puedes darte cuenta, es rocoso e inaccesible, y no hay que temer ni las armas, ni el ataque de las máquinas de guerra del enemigo. Como el paraje es árido, hay pocos lugareños, los cuales se sustentan habitualmente con un magro alimento de pan de cebada. Ahora quedan cinco panes de cebada y dos peces". Temor dijo entonces: "¿Qué es esto para tantos?". Entonces comenzó a temer más y a afligirse, y reprendiendo al alma que se había apeado del caballo del deseo, le recordaba con insistencia que *las postrimerías de aquel hombre resultan peor que los principios* (Mt 12, 45). Efectivamente, entonces el caballo aquel, con veloz carrera, volaba rápido a la ciudad, pero ahora estaba sólo bajo la custodia de Razón. "Tú mismo verás —dijo— si no estabas mejor antes que ahora".

6. Poco faltaba para que Temor se rebelara contra Esperanza que pensaba de otro modo. Entonces Templanza llamó a Prudencia. Acercándose Prudencia reprendió la falta de rectitud de Temor diciéndole: "¿Que tu espada se enardecza contra tus adversarios, oh Temor! ¿No sabes que nuestro rey es el rey de los ejércitos, *el Señor, héroe valeroso, el Señor, héroe de la guerra?* (Sal 23, 8). Que vaya un emisario para que le exponga las necesidades de los suyos, le pida ayuda y traiga auxilio". Dijo Temor: "¿Quién podrá ir? Las tinieblas cubren la tierra, y una multitud de enemigos vigilantes asedia los muros. Y nosotros no conocemos el camino, puesto que estamos en tierras lejanas". Llamaron, entonces, a la que los hospedaba, esto es a la Justicia, y le dijeron: *Si algo puedes, ayúdanos* (Mc 9, 21). Esta les dijo: *Tened buen ánimo* (Hch 27, 25). Tengo un mensajero fidelísimo, muy conocido del rey y de la corte, Oración, que en el secreto de la noche llamada, por sendas ocultas que sólo ella conoce, penetra lo más secreto del cielo, llega hasta el aposento del rey, y con oportuna importunidad sabe doblegar el pío ánimo del rey y pedir auxilio para los que sufren, con conmovedora súplica. Si os parece, puede ir. Está aquí, lista". Todos responden que están de acuerdo. Prudencia le dice lo que debe insinuar al rey; Justicia, que obre con confianza, y le advierte que no vuelva sin nadie; los demás, y sobre todo Temor, le piden que se apure para salir. Por fin es despachada por una salida secreta de la

muralla. Atraviesa indemne la formación del enemigo más veloz que un ave, *en un instante, en un abrir y cerrar de ojos* (1Co 15, 22) llega a las puertas de la ciudad de la nueva Jerusalén. Las encuentra cerradas y da golpes en ellas. A los guardias de las puertas les molesta que resuenen gritos en la ciudad en medio del silencio de la noche profunda, y que no se tema importunar al rey mismo. Pero ella sigue golpeando y diciendo: *“Abridme las puertas del triunfo y entraré a dar gracias al Señor rey* (Sal 117, 19) *con voz potente* (Sal 108, 30) *cuando se multiplican mis preocupaciones en mi corazón* (Sal 93, 19). Esta es la puerta de mi rey. Justicia me mandó a vosotros para que me llevéis ante el rey, porque tengo un secreto que decirle”. Mientras así gime Oración, el rey se despierta y dice a sus soldados: *Se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra* (Ct 2, 12).

7. Cuando se entera de que es un mensajero de Justicia, manda hacerlo pasar. Oración, al entrar, adoró al rey diciendo: “Vive el rey por siempre”. A lo que él respondió: “¿Va todo bien en lo de tu Señor? ¿Van bien todos sus asuntos?”. Oración dijo: “Bien, Señor, gracias a ti. Pero *una sola cosa es necesaria* (Lc 10, 42).

Aquel siervo tuyo que fue arrebatado de los cuernos de los unicornios por mandato del rey, se fue a lo de tu siervo y mi señor. Pero, Señor mío, aquella tierra es austral y árida, y no produce alimentos. Que el Señor dé su bendición y *nuestra tierra dará su fruto* (Sal 84, 13). Además se ha congregado una multitud de enemigos para pelear contra nosotros, y no sabemos qué hacer, etc. *Auxilianos contra el enemigo* (Sal 59, 13), porque no hay nadie que pelee por nosotros sino tú, Dios nuestro. Aquel a quien tu mano libró poderosamente de los príncipes de las tinieblas, clama a ti con todo su corazón, con muchos suspiros, sollozos y lágrimas, para que le envíes auxilio desde el santuario. *Señor escucha, Señor perdona, atiende y obra* (Dn 9, 19), y manda un libertador y un defensor; no vayan a decir los enemigos: ¿Dónde está su Dios?, y arrebaten al que salvó tu diestra, y sea su nueva cautividad peor que la primera. ¿Qué ganas con su muerte, con que baje a la fosa? Sávalo, Señor, para que dé gracias a tu santo nombre y se glorie de alabarte, porque en el Abismo no te alabará”. Entonces el rey, cuya naturaleza es bondad, conmovido por estas lágrimas, dijo: “¿A quién enviaremos?”. Y Caridad respondió: “Aquí estoy, Señor. Mándame a mí”. El rey quería enviar con ella también una escolta, pero Caridad le dijo que le bastaba con los servidores domésticos. Salió, pues, sólo con su noble compañía: el gozo, la paz, la paciencia, la longanimi-

dad, la benignidad, la bondad, la mansedumbre. Así pertrechada, la jefa insigne avanza, segura de su victoria, levantando la bandera triunfal, y atraviesa la primer y la segunda custodia del enemigo. Al llegar a la puerta, ésta se abre sola. A su entrada, una gran alegría invade el campamento. Como todos gritaron y aclamaron por el gozo que tenían, el clamor llegó hasta los que acampaban fuera y los aterró. “¿Qué es ese grito de alegría que llega a nuestros oídos del campamento de Israel? —se dijeron—, no era así ayer ni antes de ayer. Quizás les haya llegado auxilio y nos van a atacar. *Huyamos de Israel, porque Dios pelea por ellos contra nosotros (Éx 14, 23)*”. Entre tanto, Caridad, impaciente por la demora, manda formar el ejército, abrir las puertas, y perseguir al enemigo, diciendo abiertamente: *Iré hasta las puertas del infierno (Is 38, 10)*. Y así, todo el ejército de Caridad sale con tal ímpetu que los babilonios no lo pueden resistir y huyen. Pero no consiguen escapar, y caen mil al lado de Templanza, y diez mil al lado de Prudencia. Temor mató a mil, y Caridad a diez mil.



III. EL HIJO DEL REY MONTADO A CABALLO

1. Los ejércitos de Jerusalén y de Babilonia se han preparado para la guerra. De este lado, David alista un fuerte ejército de virtudes, terrible y ordenado. Nabucodonosor, en el bando opuesto, en Babilonia, dirige las huestes espirituales del mal y su tumultuoso ejército de vicios. Del campamento de David sale un recluta que recién ha prestado el juramento en la milicia del rey, y ha recibido de manos del mismo rey David la espada y las insignias de las armas espirituales. Es atrevido, y desea con gran impaciencia, contra lo dispuesto por el rey, alcanzar renombre, más que vencer al enemigo. Tenía un caballo muy brioso, su propio cuerpo, lleno todavía del espíritu del siglo, lustroso y lascivo, y con un ánimo semejante al de aquel que, sentado sobre él, pretendía ser famoso. Desdiciendo la disciplina del propio campamento, y despreciando a sus compañeros, andaba con cierta solitaria presunción, lejos de los demás, requemándose y anhelando conseguir renombre. Viendo Da-

vid su impetuosa presunción, lo amonestó y lo amenazó por medio de su hijo Salomón: *¡Ay del solo, porque si cae no habrá quien lo levante!* (Qo 4, 10). Pero no hizo caso al aviso, y buscando la ocasión de demostrarse a sí mismo su gran virtud, y de manifestarla a los demás, urdió la realización de una gesta preclara. Vio de lejos, en el campo adversario, a un enemigo de gran maldad, de astuta perversidad, armado con fuego, con las manos llenas de flechas encendidas, que hería a muchos, que mataba a los heridos, y pisoteaba a los muertos, que capturaba fácilmente, y que muy difícilmente soltaba su presa: el espíritu de Fornicación.

2. Presumiendo mostrar su preclara virtud, dirige contra él su ataque. Urge violentamente a su brioso caballo con latigazos de ayuno y espuelas de vigiliás, y se arroja con todo entusiasmo sobre él. De atrás clama Prudencia: "¡Cuidado, cuidado!". Clama Discreción: "¡Espera, espera!". Y todo el ejército de David le grita. Pero el desdichado, sin hacer caso a nadie, se sumerge sin saberlo con todo ardor en su perdición. Nabucodonosor lo ve y se estremece, y para perderlo manda engañarlo. Se ponen al lado del que corre al precipicio dos hermanas, Soberbia y Vanagloria, que lo alaban engañosamente: "¡Bien, bien!". El desgraciado, demasiado crédulo, se arroja al peligro, y no se da cuenta de que está rodeado de trampas. El espíritu de Fornicación, que tiene una frecuente experiencia de esta clase de gente y de sus arranques, finge huir, y provoca al pobre engañado a seguirlo. Por fin lo hace meterse en medio de Babilonia por una puerta abierta, y lo entregó a sus compañeros para que se burlen de él. Gula y Fornicación reclaman para sí el caballo, y no le permiten ya más a su dueño tener derecho alguno sobre él, el cual a veces desfallece; a veces, agotado; busca algo que lo distraiga. Había caído en la lucha bajo su adversario, y en su caída había aplastado a su jinete. Este, luego, se restableció, y volvió a engordar con los alimentos de Babilonia, y tuvo que someterse a su servidumbre. Surgen en el desgraciado la ira, la envidia y una cantidad de vicios, y sobre su espalda golpean los pecadores con toda tranquilidad. Y hasta la Fornicación, de la que había visto la espalda cuando huía, se yergue contra él cara a cara y con rostro desvergonzado, y atormenta su corazón con una punta de fuego. Le pone luego la espada en la cerviz, lo arroja a tierra, lo pisotea, y lo entrega al cocinero del rey de los babilonios, llamado Nabuzardan, el cual lo pone, para su humillación, al servicio de su gente y de sus inmundos muchachos. Y él, no sólo acepta que los vicios me-

nos graves pongan la mano sobre él, sino que se exhibe, para su escarnio, a los inmundos bufones de la cocina del rey, esto es, a los vicios vergonzosos y horrendos. Así, cautivo del enemigo, atado con las cuerdas de los malos hábitos, es precipitado en la cárcel de la desesperación.

3. El rey David, entre tanto, con la cabeza cubierta, lloraba a su hijo diciendo: *¡Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¿Quién me diera morir en tu lugar, hijo mío, Absalón!* (2S 18, 33). Llama a un miembro de la real clientela, hábil y experimentado, es a saber, Temor, y lo envía a buscarlo. Envía además a Obediencia, para que Temor, después de sacarlo de la cárcel, lo ponga bajo su cuidado y su guía. El emisario Temor encuentra al desdichado, lo levanta y lo saca del encierro y lo libra de las ataduras de la cárcel, tal como le habían encargado, y lo entrega a Obediencia. Le devuelve su caballo, pero éste se ha vuelto salvaje y chúcaro, y apenas se digna reconocer a su señor. Obediencia lo toma; lo domina con férreo freno, y lo somete a su antiguo señor, aunque mucho se resista y recalciñe, y le enseña a calmar su brío.

4. Obediencia recibe de Temor al soldado de Cristo, lo conduce y lo vuelve a su país por otro camino. Hace su primer escala en lo de Piedad, para que la piedad del Padre que lo llama le levante el ánimo que Temor le había amedrentado. La segunda escala la hace en lo de Ciencia, para que sepa de dónde y adónde vuelve y sepa recurrir a la piedad y al temor, de modo que la Piedad no lo vuelva arrogante, ni Temor lo quiebre. La tercer escala, en lo de Fortaleza, para que ésta le dé fuerzas para recorrer el camino de regreso. La cuarta escala, en lo de Consejo, para que en adelante haga todo con consejo, y no se aparte en nada de la guía de la Obediencia. La quinta escala, en lo de Inteligencia, para que, no ya por el solo consejo de los hombres, sino por sí mismo empiece a comprender *cuál sea la voluntad del Señor, lo bueno, lo agradable, lo perfecto* (Rm 12, 2). En la sexta escala llega el soldado de Cristo a la Sabiduría, acompañado siempre de sus huéspedes que no lo abandonan en el camino, para que aprenda ya a saborear los bienes del Señor, y desde entonces, con Moisés, como desde el monte Abarín, comience a contemplar las promesas de Dios. Y de aquí ya se llega a Jerusalén, el reino y la ciudad de David, a la visión de paz, donde los bienaventurados pacíficos hijos de Dios, en todo pacifica-

dos interior y exteriormente, entran en el gozo de su Señor y celebran el sábado de los sábados.

★ ☆ ★

IV. LA IGLESIA CAUTIVA EN EGIPTO

1. *El reino de los cielos es como un rey que dispuso las bodas para su hijo (Mt 22, 2).* Cuando ya se acercaban las bodas, el padre le preguntó al hijo con quién se quería casar. Él le respondió que desde siempre había elegido y preferido a la Iglesia. Pero el Padre le dijo: “Está cautiva. Está reducida a prisión en Egipto, donde trabaja como esclava con el barro y el ladrillo, seducida por el pecado. *Se ha endurecido el corazón del Faraón (Éx 7, 13)* sobre ella, y como se ha hecho pesada su mano, no la soltará sino forzado por una mano fuerte”. Y el hijo respondió: “Pero yo que soy tu mano y tu fuerte brazo, entraré en Egipto con mano fuerte y con brazo extendido, y la libraré. Y para tajar la boca a los traidores y para librarla de las calumnias de los enemigos, pondré en un platillo de la balanza el precio por el que fue vendida al pecado, esto es, el placer del pecado, y en el otro, el precio de mi sangre. Y aquel tendrá menos peso, y alcanzaré la victoria en el juicio”. Y el Padre dijo: “Ciertamente, la alcanzarás. Pero es norma del matrimonio pedir el consentimiento a la esposa”. “Lo pediré —respondió. *Encontré a David mi siervo (Sal 81, 21)*, un varón según mi corazón. Lo enviaré con la cítara para que le hable al corazón y la llame, y enternezca su ánimo encallecido y corrompido en el barro de Egipto”. David, pues, fue enviado a Egipto, y entró en él. Había preparado, un dulcísimo canto de epitalamio, y brotó de su corazón este bello poema: *Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza, que él es tu Señor (Sal 44, 11-12)*. Isaías, que también fue enviado, sigue las huellas, y viéndola en las cadenas de la cautividad le dice: *¡Despierta, despierta, revístete de fortaleza, brazo del Señor! (Is 51, 9)*. *¡Levántate, levántate, despierta, Jerusalén (íd., 51, 17)*, *sacude el yugo de tu cuello, cautiva de Sión! (íd., 52, 2)*.

2. Fueron también muchos otros patriarcas y profetas y le repitieron cosas semejantes, hasta que por fin, comprendiendo la gracia de Dios, y levantándose del polvo, dijo: "Señor, Dios mío, te has acordado de mí. Tú te compadeces de quien te compadeces, y te apiadas de quien te apiadas". Y prosiguió diciendo lo que dijo la sagaz Abigail: *¿Quién me diera ser esclava de los siervos de mi señor para lavarle los pies a los siervos de mi señor? (1S 25, 41-42)*. Y levantándose inmediatamente, como la misma Abigail, montó sobre un asna, esto es, sometió su carne, y siguió a los siervos del rey. Llegó el esposo jubiloso y contento, y tomando su mano derecha, la guió según sus planes, y la llevó a un destino glorioso, y la introdujo en la ciudad de su reino, en el aposento de su madre. Instalándola en el lecho de la caridad, la engalanó con los adornos de su gracia, puso su izquierda bajo su cabeza y la abrazó con la derecha, y dijo: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, no despertéis ni desveléis a la esposa, hasta que a ella le plazca (Ct 3, 5)*. Y puso a sesenta valientes de Israel (*íd.*, 3, 7) veteranos de guerra, en torno a su lecho. Cada uno *llevaba la espada al cinto, por las alarmas de la noche (íd.*, 3, 8). Luego la besó con el beso de su boca, se despidió de ella, y *partió para un país lejano para recibir un reino y luego volver (Lc 19, 12)*. Y le mandó decir por el profeta Oseas: *Me esperarás mucho tiempo, y no tendrás ni sacerdote ni sacrificios (Os 3, 3-4)*.

3. Cuando el Faraón de Egipto se percató de la ausencia de ella, reunió al ejército y le dijo: "Venid, los perseguiré y los alcanzaré, repartiré sus despojos, se saciará mi alma, desenvainaré mi espada y los mataré a mi mano" (*Éx 15, 9*). Y levantándose con todo el ejército del mal, ordenó la persecución de la Iglesia. Atacando enseñuada a su campamento, se apoderó de Pedro, crucificó a su hermano Andrés, degolló a Pablo, mandó a Juan al exilio, desolló a Bartolomé, lapidó a Esteban, quemó a Lorenzo y Vicente, y completó su obra matando a los santos con toda clase de muertes y tormentos. *Echaron los cadáveres de los siervos de Dios en pasto a las aves del cielo, y la carne de sus fieles a las fieras de la tierra. Derramaron su sangre inocente como agua en torno a Jerusalén, y nadie la enterraba (Sal 78, 2-3)*. Viendo la Iglesia que sus defensores eran tratados como ovejas de matadero, gimió, y su amargura se hizo verdaderamente amarga. Pero la tierra de la Iglesia, abonada por la sangre de los mártires, hacía crecer la cosecha de los fieles con la abundancia de la semilla, y donde caía uno, daba cien o mil, y donde uno

podía creer que sería vencida, resultaba vencedora.

4. La salvaje maldad del enemigo se percató de esto, y se estremeció. Apeló, entonces, a las conocidas armas de la astucia. Hizo cesar por el momento la persecución, replegó las fuerzas, llamó a la espada, cambió de táctica y se dijo: "Nada peor que el enemigo interno. Provocaré, pues, guerras entre sus príncipes, y los haré descarrilar por una soledad sin caminos. Y cuando digan: 'paz, paz', no habrá paz. Suscitaré entre ellos herejías y cismas, y turbaré todo con guerra civil e intestina, y los mataré más fácilmente con su propia espada que con la mía". Lo dijo, y pronto aquel ejército de la Iglesia, que hasta entonces era terrible porque era ordenado, dejó de ser terrible porque se desordenó. Hiriéndose mutuamente y desgarrándose hostilmente unos a otros, provocaban en los enemigos que de lejos se reían, burlas y jactancias, y en la Iglesia, una pena y un dolor intolerables. Su amargura, ya antes amarga, se volvió ahora aún más amarga, cuando deploró que sus entrañas fueran desgarradas con maldad viperina por sus hijos. Pero al instante, heroicos soldados de la corte cristiana, viendo que vencía la astuta malicia del enemigo, recobraron el ánimo, tomaron las armas de la fe, y arrojaron valientemente de entre ellos el mal. Así hicieron Alejandro y muchos otros con Arrio; Agustín con los maniqueos y con muchos otros; Jerónimo con el epicúreo Joviniano; otros con otras pestes de herejías y cismas devastantes. Aniquilaron así los males con valor, o los arrojaron prudentemente del campamento, devolviendo de este modo a la Iglesia la paz y la alegría.

5. Pero ¡ay, ay! Ni el mar puede carecer de olas ni esta vida de tentaciones, y no se puede gozar de una paz firme sino en la propia patria. Cuando el pecador ve esto, lleno de envidia se irrita, rechina los dientes hasta consumirse, y recurre a las armas de la malicia espiritual para preparar una nueva guerra. Llama a los principales jefes de su ejército, el espíritu de fornicación, el espíritu de gula, el espíritu de avaricia, y les dice: "Veis que no progresamos nada, y que todo el mundo se va tras ellos. Pero todavía tendrán que probar nuestras fuerzas, éstos que se glorían de haberse escapado y de haberse burlado de mis artimañas". Dijo esto, y se arrojó contra los campamentos de la Iglesia. Encontró allí a todos durmiendo y ebrios en la noche, *pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan* (1Ts 5, 7), y al momento trastornó todo. Muy pronto, amándose ellos a sí mismos y buscando su propio interés y

no el de Jesucristo, reclamaron como herencia el santuario de Dios y profanaron la morada de su nombre (Sal 73, 7), no sirviendo en ella a Dios, sino sirviendo con su voluntad a sus gustos, tomando para su propio uso lo que había sido ofrecido o consagrado a Dios. Transformaron las dignidades y oficios de la religión, en dignidades y autoridades de avaricia, orgullo y vanidad. Arrancaron a la Iglesia, que se resistía y protestaba, la túnica aquella inconsútil de la caridad, hecha de un solo tejido, y el manto de púrpura de la fe, teñido con la preciosa sangre del Cordero, con el cual el esposo había cubierto la desnudez de la esposa, así como los demás ornamentos de la religión. La desnudaron a aquella y, sin vestirse ellos, abandonaron desnuda a la que debían custodiar. Y arrebatándole la paz, la forzaron cuanto pudieron a que huyera del mundo.

6. Ella, clamando y llorando, desnuda su vergüenza y con las nalgas descubiertas, llora al ver expuesto a la risa de todos, todo lo oculto y recatado, y suplica a los hijos de sus entrañas, pero éstos no se compadecen de ella. Suplica, y se ríen. Y apretando con ambas manos contra su corazón y las partes vitales, algunos retacitos de la vida religiosa regular o monástica que a duras penas se habían escapado de las manos de los saqueadores, ruega que, por lo menos, le dejen esto, pero no es oída. Y hasta esto intentan sacarle aquellos que son, no custodios sino ladrones, para que de este modo, no soportando ella su desnudez, o se vaya de este mundo, o se muera en medio de ellos a causa del frío de su malicia. A veces, sin embargo, fingiendo tenerle misericordia, intentan ponerle un vestido de virtudes simuladas y de vicios disimulados, tejido de ambos lados con mano hipócrita. Pero ella lo detesta y lo abomina y no lo recibe. No reconoce sino aquel vestido tejido por las manos de la sabiduría, teñido y consagrado con la sangre del Cordero, que le dejó el esposo, y que los hijos le quitaron. Otro no acepta, sino que lo desecha y lo rechaza. Por eso es desechada, rechazada y escupida, y considerada un oprobio por todos.

7. Estos son nuestros tiempos, los peligrosos tiempos nuestros de la Iglesia, en los cuales, en medio de la paz, la amargura se ha hecho amarguísima. Pero ya pasaron tres ayes. Aún falta un ay, el del ángel satanás transfigurado en ángel de luz que se sentará en el templo de Dios, y pretenderá aparecer como Dios. Porque ya está actuando el misterio de la iniquidad, y ya lo están anunciando de antemano aquellos que sugieren por todas partes a la Iglesia: *Aquí está, allí es-*

tá (Lc 17, 23). Pero, oh esposa de Cristo, ¡no creas, no vayas! Espera a tu esposo, que no te desprecia ni te olvida en el tiempo de la tribulación, sino que *en la cuarta vigilia de la noche viene hacia ti caminando sobre el mar* (Mt 14, 25). Ven, Señor, ven a librarnos, Señor, Dios de los ejércitos, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.



V. LAS TRES HIJAS DEL REY

1. Un rey noble y poderoso tenía tres hijas: Fe, Esperanza y Caridad. Les encomendó una ciudad espléndida, el alma humana. En ella había tres castillos: la razón, la facultad concupiscible y la facultad irascible, y a cada una de las hijas le entregó uno, el primero a la Fe, el segundo a la Esperanza, y el tercero a la Caridad. Puso a la Fe sobre la razón porque la fe no es meritoria si la razón tiene pruebas. Puso a la Esperanza sobre la facultad concupiscible, porque *la esperanza que se ve no es esperanza* (Rm 8, 24). Y puso a la Caridad sobre la facultad irascible, o sea, el fervor sobre el fervor, para que el fervor de la virtud dominara al fervor de la naturaleza, aún más, para que el fervor natural culminara en fervor de virtud.

Cuando cada una de las tres hijas entra en posesión de su casa, la pone en orden y la gobierna según sus posibilidades. La Fe pone a Prudencia como guardián de su casa, esto es, la razón, para que guarde sus derechos y mantenga la razón bajo las leyes de la Fe, dentro de los límites que le puso ésta. Y para que pueda también regir y administrar bien a la servidumbre inferior de los actos y de los sentidos, pone bajo sus órdenes a la misma Administración. Para que actúe en la casa con confianza, le añade además a Obediencia. Para que Obediencia haga bien su trabajo y soporte la fatiga, pone a su servicio a Paciencia. Para que, según el Apóstol, todo se haga honestamente y con orden, agrega también a Orden. Y para que la maldición no entre, puesto que toda casa indisciplinada es maldita, pone en la puerta como guardia a Disciplina.

2. Esperanza, por su parte, pone al frente de su casa, esto es, la facultad concupiscible, a Sobriedad, para que defienda sus derechos y obligue siempre al jefe de la ciudad a servirla a ella. Para poder regir con discreción a la servidumbre inferior de las voluntades y los deseos, pone bajo su mando a Discreción. A ésta añade Continen-
cia, contra la concupiscencia de la carne, a Constancia, contra la concupiscencia de los ojos, y a Humildad, contra la ambición del siglo. Y para que la indigencia no se meta en la casa, pues dice Salomón: *Donde mucho se habla, hay allí con frecuencia, indigencia* (Pr 14, 23), pone como guardia en el umbral de la puerta a Silencio.

3. Por su parte, Caridad le encomienda a su amiga Piedad el cuidado de su propia casa, que está orientada hacia el sur y mediodía, y le da todos sus derechos. Le pone bajo su mando, en obsequio suyo, primero, a Limpieza del cuerpo, luego a Ejercicios convenientes, esto es, lecturas, meditaciones y afectos espirituales. Y para que no entre Miseria y turbe la felicidad de los hijos de Dios, que juegan y se alegran en la séptima grada, esto es, que han llegado a la perfección de la bienaventuranza —*bienaventurados los pacíficos* (Mt 5, 9)— poné de guardia en la puerta a la misma Paz.

Así ordenadas las casas, designaron como preposición y economo de toda la ciudad a Libre Albedrío.

4. Una vez hecho esto, las tres hijas del rey vuelven a la casa del padre. Pero el enemigo, viendo y envidiando el orden y la gloria de la ciudad, maquina insidias. Decide entrar, y para esto corrompe a dos importantes ciudadanos, Discreción y Administración. Así pudo introducir por las puertas de la razón y de la facultad concupiscible, a todo el ejército de su maldad. El preposición de la ciudad, Libre Albedrío, que había sido designado custodio y juez de toda la ciudad, pues *el paterfamilias habiéndose ausentado del país, había puesto todo en manos de sus servidores* (Mc 13, 34), es atado con cadenas de hierro y encerrado en una cárcel.

Cuando hubieron sido eliminados los guardianes de la fortaleza de la razón, al punto se mete Blasfemia, adversario de la Fe, y con ella irrumpen las contradicciones, conmociones y confusiones, y otros de la misma calaña, que saquean todo. Se quedaban con lo que les gustaba, no dejando en la razón nada de razón. Y cuando cayó Disciplina, el guardián de la puerta, todos pudieron entrar y salir libremente.

5. Por otra parte, doña Lujuria entró en la casa de Esperanza, es decir, la facultad concupiscible, y reclamando todo para sí, la despojó de lo mejor que tenía y la arrojó a lo más bajo. A Continencia la entregó a la concupiscencia de la carne; a Constancia, a la concupiscencia de los ojos, y a Humildad, a la ambición del siglo, para que las pisotearan y se burlaran de ellas. Y una vez que hubo aniquilado a Silencio, el guardián de la puerta, abrió las puertas a todos los que entran y salen. A Sobriedad y a las virtudes compañeras de Sobriedad, o las encarceló o las mandó al exilio.

De allí se pasa a combatir contra la fortaleza mayor de la ciudad. Cuando Paz, el guardián y custodio de la suprema felicidad, es muerto, entra Misericordia. Al instante doña Soberbia subió al fuerte, pues *la soberbia de los que te odian sube siempre* (Sál 73, 23), y arrojó impíamente de ella a Piedad, y condenó a muerte o a exilio a toda la servidumbre de Piedad y de Paz. Entonces cualquiera pudo entrar en el santuario del Señor. Todas las cosas santas que había en él, accesibles y visibles hasta ahora sólo a los hijos de Leví, son profanadas y despedazadas por los enemigos, y transportadas a Babilonia. Hasta se ofrece vino a las concubinas del rey de Babilonia en los vasos del Templo. Así es como fué capturada y quebrantada toda la ciudad, y *en la medida de la gloria que había tenido, así fue su deshonor* (IM 1, 42).

6. Cuando ya estaba todo perturbado, un angustiado mensajero de la ciudad perdida se presenta a sus señoras. Ellas, llenas de aflicción, se arrojan a los pies del padre pidiéndole auxilio, pero él pone dificultades acusando de negligencia al guardián Libre Albedrío. Entonces le dicen: "Oh, Padre, ¿qué puede Libre Albedrío sin la ayuda de tu gracia?". "Yo daré la gracia —responde— pero antes enviaré a Temor. Él irá ante ella para preparar sus caminos". Salió Temor de la presencia del Señor y llegó a la ciudad llevando en su mano el bastón de la disciplina. Halló la puerta de la dificultad cerrada y atrancada con los cerrojos de los malos hábitos. Un portero procaz y corrompido, Lascivia de la carne, hostigaba mucho a Temor atacándolo con oprobios e injurias. Pero él, en un impetuoso arrebato de confianza, hace saltar los cerrojos de las malas costumbres, rompe la puerta de la dificultad, y castiga al miserable aquel con el báculo de la disciplina que llevaba, persiguiéndolo a muerte. Enseguida levanta sobre las puertas la insignia de la gracia que ya llega, infundiendo temor a toda la ciudad. Cuando Gracia

entra en la ciudad trayendo todo el ejército de virtudes celestiales, al momento la facción enemiga desaparece, y las virtudes vuelven a las consabidas fortalezas. Al instante, Discrèción y Administración se postran, se acusan de haberse dejado engañar, y piden perdón. Albedrío, surgiendo de las cadenas, va al encuentro de la señora Gracia, deseoso de ser libre, por fin, bajo su reino.

Las hijas del rey arreglan de nuevo sus casas y disponen las mesas correspondientes. En la mesa de la Fe se pone el pan del dolor y el agua de la angustia, y los demás alimentos de penitencia. En la mesa de la Esperanza, el pan que reconforta y el aceite que alegra el rostro, y los demás alimentos de consolación. En la mesa de la Caridad, el pan de vida y el vino que alegra, y todas las delicias del paraíso. Ya volverán y comerán, y guardarán la ciudad. Pero *si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas* (Sal 126, 1).



VI. LA ETÍOPE QUE SE CASÓ CON EL HIJO DEL REY

Introducción

Cuatro son las tentaciones que tiene que sufrir la Iglesia en general, y también cada alma fiel en particular. Son éstas las adversidades, la prosperidad, la simulación o hipocresía, y la seducción del enemigo que se transfigura en ángel de luz. Por eso se le dice al alma fiel: *No temerás el espanto-nocturno* (Sal 90, 5), esto es, que no tema las adversidades; *ni la flecha que vuela de día* (Sal 90, 5), esto es, que se guarde de la vanagloria en la prosperidad, como flecha que parte de lugar escondido y que hiere y mata; *ni el negocio que se desliza en las tinieblas* (Sal 90, 6), esto es, que se guarde de la compraventa que se realiza en la oscuridad de la simulación. El hipócrita considera un brillante negocio el conseguir arrebatarle a alguno, astuta y sutilmente, el bien de la buena conciencia que posee, por el precio vil de una alabanza o de parecida merced. Este negocio se realiza en las tinieblas, esto es, en la oscuridad de la simulación. Y se dice que se desliza, porque nadie se libra de ser tentado, en cualquier

posición o jerarquía que esté. *Del asalto del demonio meridiano* (Sal 90, 6 Vulg.), porque no debemos incurrir ni caer en la tentación del demonio meridiano, aquel que suele transfigurarse en ángel de luz para engañar a los fieles. Cuando así se transfigura se lo llama demonio meridiano, ya sea por su claridad engañosa, ya sea por el fervor de su maldad, ya que cuando ataca en este último combate su fervor arde al máximo. Por eso suele acometer especialmente con este combate, hacia el fin de la vida.

A estas cuatro tentaciones se oponen cuatro vigiliat. La primera vigilia contra las adversidades es la fortaleza. La segunda vigilia contra la prosperidad es la temperancia. La tercera contra la hipocresía es la justicia. Y la cuarta contra el ángel de Satanás es la prudencia. En esta cuarta vigilia, si Jesús no viene a sus discípulos, la nave peligra. Pero aun cuando venga parecerá un fantasma, si el que engaña al espíritu no es reprimido por la virtud de aquél, pues cuando esta última tentación es violenta, a duras penas se admite ya el consejo de la verdad.

También la Iglesia considerada en su totalidad padeció; padece y padecerá estas cuatro tentaciones. El temor nocturno fue el temor de los mártires en la persecución. La flecha que vuela de día, la maldad de las herejías que vuelan por la Iglesia en el tiempo de la prosperidad. El negocio que se desliza en las tinieblas, la hipocresía que reina en nuestro tiempo por todas partes. Porque es un tiempo de falsedad el tiempo en que vivimos. Estamos viendo la hipocresía que recorre toda la Iglesia como oculta en las tinieblas, y que, artera, arranca los verdaderos bienes que pueda tener aquella por vil precio, esto es, por una alabanza humana o por una humana retribución. El asalto del demonio meridiano se refiere al ya cercano tiempo del Anticristo.

Esto es lo que significan los cuatro caballos del Apocalipsis. El primero es blanco, esto es, manso y tranquilo, y su jinete sale vencedor para vencer. Está ceñido con una corona de alegría que representa el tiempo de paz, y tiene un arco de guerra para luchar contra las herejías, que es el expediente de la santa predicación, con el que envía flechas de arquero afiladas, esto es, las sentencias eficaces del Espíritu Santo. El segundo es colorado, esto es, color sangre, y su jinete sale con una gran espada para hacer desaparecer la paz de la tierra y para matar, esto es, para derramar la sangre de los mártires. El tercero es negro, esto es, oscuro, y tiene como jinete a

la hipocresía que lleva la balanza de vender, y en ella, dos pesas distintas, como ha sido dicho. El cuarto es de color pálido, esto es, como cercano a la última muerte, y tiene como jinete a la muerte, y es seguido por el infierno. Cambiando ligeramente el orden, pues primero fue el tiempo de la persecución, diremos que el caballo blanco es el tiempo de paz en la Iglesia, el colorado, el de la persecución, el negro, el de la hipocresía, y el pálido, el del Anticristo. Estos cuatro tiempos los mostraré mejor la siguiente parábola.

Parábola

El hijo del rey de la Jerusalén celestial salió para contemplar los reinos más bajos de su Padre. Después de recorrerlos todos volvió al Padre y le dijo: "Padre, recorrí todos los reinos de la tierra, y examiné con atención todo lo que sucede en ellos. Comprobé también que era verdadero el clamor que sube a ti de los habitantes de Sodoma, y los castigué con el correctivo que merecían. Pero ahora ya es tiempo de que mire por mi futuro, que tome una esposa, que tenga hijos, y que rija mi propia familia. La esposa que quería tener la vi en casa del rey de Babilonia. El rey la mantiene cautiva, y le ha puesto vestidos andrajosos y sucios para que no se pueda saber quién es". A estas palabras le respondió el Padre: "¡Ni se te ocurra semejante cosa, a ti, Hijo único, coeterno y consustancial conmigo! La etíope esa de que hablas no es digna de tu rango ni de tu grandeza". Pero el Hijo insistió: "Tengo decidido casarme con ella". El Padre respondió entonces: "Si es así, tú, coeterno, consustancial y omnipotente conmigo, tienes en tu mano el liberarla de la cautividad babilónica y tomarla por esposa como quieres".

Al momento se presentó una multitud de ángeles de los ejércitos celestiales dispuestos a servir en estas bodas al Hijo del rey supremo, de los cuales, éste eligió a uno, al arcángel Gabriel, para que fuera su parainfo. Gabriel, el elegido, dijo al Hijo del rey supremo: "Yo soy tu fortaleza. Si me ordenas, arrebataré por la fuerza de en medio de Babilonia a la que quieres para ti, pues yo puedo hacer esto, y estoy dispuesto a hacerlo". Pero el Hijo del rey dijo: "No vamos a obrar así. No vamos a usar de la violencia contra el rey de Babilonia. Vamos a salvar a la que se ha de unir a mí, con disposiciones ocultas y con la sabiduría que voy a emplear. Tienes que llevar secretamente el misterio de mi designio, oh Gabriel, a la virgen

María, de la estirpe de David. En ella, en su tálamo, debe iniciarse y celebrarse el banquete de bodas". El arcángel Gabriel descendió a María y cumplió fielmente lo que le fuera encomendado. Pero aquel que lo había enviado, ya había venido a la Virgen, antes de que aquella fuera anunciada. Allí comenzó, allí se celebró el santísimo banquete de bodas.

Pero tan noble y tan gran esposo, ¿pudo llegarse a su esposa con las manos vacías? En modo alguno. Había traído regalos y se los entregó. Y como llegó en invierno, le dio primero a su esposa ropa de invierno, un abrigo de piel de cordero y una capa. Ambas prendas provienen del cordero. La última se obtiene sin sufrimiento del mismo, pues la capa se hace con su lana, pero la primera se hace con su piel, por lo que se la llama pelliza, y no se obtiene sin grave sufrimiento del cordero. Es el Esposo este cordero, como lo atestigua la Escritura: *Cómo oveja era llevado al matadero, y como cordero ante el esquilador no abrió la boca* (Is 53, 7). Y en otra parte: *He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (Jn 1, 29). Este cordero hizo para su esposa una capa de lana cuando le enseñó la humildad con palabras al decir: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). Y le dio la pelliza cuando con ayunos, vigiliias y otras penitencias de la carne, y por fin, padeciendo la cruz, mostró a la esposa lo que es la mortificación de la carne. La capa con la que se envuelve el que se la pone, significa la humildad, porque el que es esposa de Cristo se oculta y rehúye ser conocido por el siglo. Y la pelliza, que se hace de animales muertos, es signo de la mortificación de la carne. Esto para el tiempo de invierno.

Para el tiempo pascual, le dio una piel de armiño con adornos de piel de marta teñida en rojo, para abrigar el cuello, el pecho y las manos. Estas pieles son los santos predicadores, y son blancas porque estos anuncian y predicán la resurrección que se realizó ya en Cristo, y que ha de realizarse en la esposa. Pero cuando éstos anuncian la pasión de Cristo, llevan alrededor del cuello piel de marta teñida de rojo. Pero como quiera que hay algunos que predicán la pasión de Cristo con los labios pero no la sienten en su corazón, de quienes dice Pablo: *Algunos anuncian a Cristo, no sinceramente, creyendo suscitar aflicción a mis prisiones* (Efp 1, 17), deben los predicadores sentir con el corazón lo que dicen con los labios. Por eso este adorno sería menos conveniente si la piel de marta teñida de rojo cubriera solamente el cuello y no bajara por

las solapas hasta el pecho. Los predicadores tienen también esta piel en los puños, alrededor de las manos, cuando dan a conocer con sus obras los sufrimientos de Cristo. Así, pues, la piel que recibe la esposa es de armiño, que es blanco y significa la alegría espiritual por la esperanza de la futura resurrección, y está adornada con piel de marta teñida de rojo en el cuello, solapas y puños, porque la pasión de Cristo que se predica con los labios, la siente en el corazón y la testimonia con las obras.

Cristo le dio también a su esposa, para el tiempo pascual, un par de zapatos de cuero de cabra curtido en Córdoba, que significan los dos testamentos, con los cuales se protegen los deseos de la esposa para que no toquen la tierra. También pueden significar la continencia y la caridad, para que pisotee las dos atracciones que tuvo la esposa en otro tiempo, una de las cuales la inclinaba hacia la carne, y la otra hacia los vicios. La inclinación a la carne es reprimida por la continencia o por el freno de la disciplina, y la inclinación a los vicios, se extingue por la caridad. Pero estos zapatos, si no se atan con la profesión y la obediencia, se salen de los pies. Hemos visto a muchos que habían alcanzado la continencia de la carne por la caridad, o que habían decidido vivir según los dos Testamentos, pero como no se ataron bajo la obediencia y la profesión, cayeron gravemente. Los zapatos son, pues, o los dos Testamentos, o la continencia y la caridad. Los cordones, la profesión y la obediencia.

Cristo dio también a la esposa un par de guantes. Las manos de la esposa son la acción y la contemplación. Aunque en otra parte de la Escritura la izquierda significa la vida activa, y la derecha la vida contemplativa, según aquello de *su izquierda está bajo mi cabeza y con su derecha me abraza* (Ct 2, 6), aquí, sin embargo, la izquierda significa la contemplación y la derecha la acción, porque tenemos frecuentemente la izquierda escondida en los vestidos, pero a la derecha la mostramos al obrar. La mano derecha, esto es, la acción, tiene el guante dividido en cinco compartimentos para recibir a los cinco dedos, porque la buena acción debe ser recta, voluntaria, pura, discreta y firme: recta en la intención, voluntaria, de tal modo que no sea hecha por temor o por otro tipo de coacción; pura, para que al realizarla ningún soplo de vanidad la vuelva huera; discreta, para que no se exceda en la medida; firme, para que persevere. La izquierda, esto es, la contemplación, tiene el guante también dividido en cinco partes. En efecto, en la contemplación hay

como cinco aspectos: la consideración de los pecados y del infierno, el desprecio de las cosas presentes y la esperanza de las futuras, el juicio y el reino, el estado del cuerpo resucitado y su glorificación, y el espíritu humano y la eternidad que debe alcanzar. El que contempla comienza considerando los pecados que cometió, cuáles y cuán grandes son. Esta consideración no le aprovecharía mucho si no temiera ser castigado por ellos en el infierno; por eso, a la consideración de los pecados se le asocia rectamente la consideración del infierno. Igualmente, si se considerara cuáles y cuántos tormentos hay en el infierno, y no se recordaran los pecados en modo alguno, la mente, quizás, aun considerando el infierno, se sentiría segura, ya que ningún recuerdo de pecados la intimidaría. Por esta causa ambas cosas, los pecados y el infierno, confluyen en la mente del contemplativo para que ambas le inspiren temor, y en la mente así atemorizada surja al momento el desprecio por las cosas presentes, junto con la esperanza de las futuras. Pero para que la esperanza no extravíe la mente, ésta debe ser moderada por el recuerdo del juicio estricto y terrible por el que debe pasar el que espera. Pero el terror del juicio es aliviado por el pensamiento del reino, por lo cual el reino y el juicio deben considerarse juntos. En el reino se considera lo que seremos; y primero cómo será el estado de nuestro cuerpo, que será inmortal e impasible, y luego la glorificación, que le dará inefable belleza y esplendor, como está escrito: *Los justos resplandecerán como el sol* (Mt 13, 43). Luego se considera la felicidad del alma, es decir, ella se considera a sí misma y a Dios, al que ella se va a unir, y que es lo último y la consumación de todo.

Estas cinco cosas que consideramos en la contemplación se ven por cinco ventanas. La ventana está compuesta de aire y de pared. Donde no hay más que pared, no hay ventana alguna, pero donde hay solamente aire y no hay pared, tampoco hay ventana. Cristo es, por su humanidad, como una pared en la que brilla la divinidad dentro de la humanidad. Luego Cristo es como una ventana. Más aún, pueden considerarse en él como cinco ventanas: su encarnación, su modo de vida, su doctrina, su resurrección y su ascensión. Por ellas se ven aquellas cinco cosas que se dijeron hablando de la contemplación. Pues por la encarnación de Cristo se manifestaron a muchos los pecados y el infierno, a los que antes no prestaban atención. Su modo de vida enseñó abiertamente a despreciar las cosas presentes y a dirigir la atención a las futuras. En su

doctrina se trata copiosamente del juicio y del reino. En la resurrección se manifestó el estado del cuerpo y su glorificación, porque tal como es él, así serán los suyos, a su medida. Y en la ascensión se nos ha revelado de algún modo cómo nuestro espíritu se unirá con Dios, pues ¿cómo aquel hombre, sin que nada lo transportara, sin ningún medio creado, hubiera podido ser elevado y llevado, si no fuera porque la divinidad estaba unida a él?

Así, la esposa tiene un guante en la mano derecha, esto es, en la acción, para que su obrar sea recto, voluntario, puro, discreto y firme, y otro en la mano izquierda, esto es en la contemplación, para que primero considere los pecados y el infierno, a ello siga el desprecio de las cosas presentes y la esperanza de las futuras, luego siga la consideración del juicio y del reino, a esto se añada la del estado del cuerpo y la glorificación, y al final, la unión de nuestro espíritu con Dios.

Cristo, en su ascensión, consumió todo esto en su esposa, y encomendó a los Apóstoles que la cuidaran, y les mandó que no se alejaran de Jerusalén hasta que fueran revestidos de la fortaleza de lo alto. Después de diez días, el mismo día de Pentecostés, envió desde el cielo al ejército más grande y más fuerte, esto es, al Espíritu Santo, que les dio paz y gozo y los demás frutos del Espíritu que enumera el Apóstol. Pertrechados con éstos, perseverantes y fuertes, atacan a las huestes del enemigo, y Pedro, en un día, convierte a Cristo a cinco mil judíos, y otro día a tres mil. Después de lo cual se dicen los Apóstoles: "Que nuestra señora, la esposa de Cristo, no vuelva a andar a pie. Le buscaremos un animal que la transporte para que vaya más rápida y dignamente a donde tenga que ir. Pero no ha de ser un caballo porque éste es un animal soberbio y díscolo, ni un asno porque es tonto y sucio, sino una mula, porque el pueblo que se convierte a la fe proviene de los judíos y de los gentiles. Como la mula es hija de dos animales de distinta especie, así la Iglesia primitiva se constituyó de distintos pueblos, esto es, de judíos y gentiles, o sea, de los que presumían y de los que desesperaban. Cristo curó maravillosamente con una sola medicina, esto es, con su cruz, a los que padecían enfermedades distintas y contrarias, pues algunos confiaban demasiado y otros desesperaban. Todavía hay quienes dicen: "Estoy contento conmigo mismo", y "no he quitado nunca nada a nadie por la fuerza", y cosas semejantes, y "¿qué razón hay para que desespere de la vida y tema el infierno?". Pero si estos se fijan en que Cristo, que *no cometió pecado, ni se halló engaño en su*

boca (IP 2, 22), sin embargo terminó su vida con una muerte muy afrentosa en la cruz, abandonarán su soberbia y, atemorizados, volverán a ser humildes y a participar de los padecimientos de Cristo. Pero también están aquellos que, manchados por tantos y tan grandes crímenes, no creen que van a ser perdonados. Pero si éstos piensan en lo que Cristo soportó, no por él, sino por los pecadores, recobran la esperanza y se libran de la desesperación. Así Cristo, por su cruz, sana a los presuntuosos porque padeció siendo inocente, y a los desesperados porque padeció por los pecadores. La Iglesia, compuesta por estas dos clases de pecadores, es la mula que los Apóstoles preparan para la esposa. A ella, que cabalga en estos tales pecadores, y que por ellos va a todas partes, le dan una espuela, es decir, el amor del esposo, para que impulse a los suyos a adelantar. También le dan un látigo, esto es, el temor, para que los acucie desde atrás, porque ellos se desalientan por las iniquidades que han cometido.

La santa Iglesia se multiplicó y dilató. Los Apóstoles, cuando terminaron la lucha de su certamen, al salir de la vida, se la encomiendan a los mártires para que la rijan. Estos pelean varonilmente por ella y derraman su sangre en su defensa. Dicen: "Los Apóstoles le dieron una mula a nuestra señora. Es justo que también nosotros le demos algo para su adorno y belleza. Como calienta el verano, no hay que cargarla con pesadas vestiduras. Hagamos algo nuevo para ella, hermoso y sutil: una capa bordada con roja púrpura". Esta capa bordada son los santos mártires. De éstos, algunos son vírgenes, lo que se significa con el bordado blanco; otros son casados o viudos, lo que es significado con un color neutro del bordado; y el bordado rojo que se pone por encima, significa que aquellos que han muerto por Cristo, son rociados con su sangre. Estos, en su tiempo, rigieron varonilmente a la Iglesia, la guiaron y la multiplicaron.

Cuando murieron, los sucedieron santos doctores y magníficos confesores, como Ambrosio, Hilario, Agustín y otros de su talla. Viendo el diablo que en la guerra abierta con la Iglesia no adelantaba nada, sino que con las tribulaciones más crecía y adelantaba, acudió a las persecuciones fraudulentas y ocultas, es a saber, sedujo a algunos de sus miembros para realizar a través de ellos lo que tramaba, y tanto más eficazmente cuanto más ocultamente. Instruyó entonces con sus artimañas a Arrio, Pelagio, Focio y otros semejantes, para que fingieran ser ministros de Cristo y llevaran a la esposa por un camino descarriado. Cuando los santos doctores ven esto, se hacen presentes, contienden con disputas, confutan a los heréticos, y vuel-

ven al camino de la verdad a su señora. Cuando la traen de vuelta, como había andado por los desiertos de Arrio y por los extravíos de Pelagio, tenía los vestidos algo desgarrados. Le hacen entonces una capa de terciopelo, esto es, la atavían con su vida púdica y con sus costumbres honestas. Ya está vencido el enemigo en las persecuciones abiertas y en las seducciones ocultas de los herejes, ya la esposa avanza con gran acompañamiento sin que nadie se oponga.

Pero todavía la serpiente tortuosa pretende saquearla, y como no puede ponerle trampas en el camino, las arma junto a él. Levanta ahí tiendas. Hace sentar allí a los cambistas con mucho oro y plata a la vista, y allá a los vendedores de vestidos con gran variedad de distintos adornos, e instala más allá a los que venden toda clase de alimentos. Dispone tabernas que expenden vino y toda clase de bebidas, alza arcos triunfales de los que se gloria la pompa secular, y ofrece a la vista bailes de muchachas y toda clase de incentivos de lujuria. El que sea sabio que siga caminando junto a la esposa, que no se aparte de ella, que va por el recto camino. Los fatuos y los locos que abandonan el camino y se van a divertir a las tabernas del diablo, ya no vuelven a la esposa. Y en verdad, son muchos los que abandonan el camino y se divierten en las tabernas del diablo. Pues quien ama el dinero y se deja dominar por el fulgor del oro, y lo antepone a Cristo, ese tal se queda en las tiendas del diablo. Lo mismo el que se deleita en un vestido precioso, o en comidas espléndidas, o en vino mezclado con miel o en otras clases de bebidas exquisitas, o en mujeres, o en los juegos y canciones del siglo, y antepone esto a Cristo, ya está en las tabernas del diablo. ¿Y qué diré también de aquellos cuyo deber es regir la Iglesia de Dios, y que se salen del camino y, admirando las cosas que hay en las tiendas del diablo, las contemplan y las desean, y no teniendo con qué comprar lo que desean, saquean los adornos de la esposa y los gastan torpemente en satisfacer sus malos deseos? Así la esposa, que tiene que sufrir esto, de todas partes recibe heridas en la espalda. Apenas si le queda algo de su vestido, esto es, unos pocos monjes y unos pocos canónigos regulares, porque de otra clase de hombres, no le queda ya casi nadie.

, VII. LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

El reino de los cielos es semejante a un monje negociante que al enterarse de las ferias que se van a celebrar, preparó sus bultos para exponerlos en el mercado. Habiendo preparado ocho, carga de los burros del Negueb, se encontró luego frente al Señor Jesucristo, quien viendo su esfuerzo y su industria, le dijo: “¿De dónde vienes y a dónde vas?”.

El monje: “Del monasterio a las ferias, a vender las cosas que ves acá, si es que encuentran comprador”.

El Señor: “Ya encontraron comprador, si tienen vendedor. Sacca el primer bulto”.

El monje: “La preciosidad de estas mercaderías no se te oculta a tu sabiduría, ni tu ilimitada capacidad de compra se me oculta a mí. Mira entonces lo que hay en este primer bulto. Tú dijiste: *Bienaventurados los pobres de espíritu (Mt 5, 3)*. Aquí no hay más que pobreza, miserias, y angustias que provienen de pobreza y miserias”.

El Señor: “¡Oh!, ¿y para qué sirven?”

El monje: “Una canasta de estiércol puede ser muy útil para la raíz de un árbol”.

El Señor: “Me agrada lo que dices. Esta mercadería, ¿qué precio tiene?”

El monje: “El reino de los cielos”.

El Señor: “¡Buen precio! Pero debemos estimar no tanto la cosa en sí sino más bien el efecto que produce. Trae el segundo bulto. ¿Qué tiene adentro?”.

El monje: “La mansedumbre, pues son *bienaventurados los mansos (Id., 5, 4)*”.

El Señor: “Preclara cosa es la mansedumbre, digna de Dios. ¿Cuánto vale?”.

El monje: “*No se puede dar por ella oro fino, ni comprarla a precio de plata (Jb 28, 15)*, pero quiero la tierra, sólo la tierra deseo recibir por ella”.

El Señor: “Desde la India hasta Bretaña hay una espaciosa tierra que necesita quien la cultive. Toma cuanto quieras y donde quieras”.

El monje: “En modo alguno. Esta es la tierra de los que mueren, que devora a los que la sirven. Yo quiero la tierra de los vivientes. *Espero gozar de la dicha del Señor en la tierra de los vivientes (Sal 26, 13)*”.

El Señor: "Por lo visto no quieres morir, ¿quieres acaso vivir siempre? Pues bien, *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra* (Mt 5, 4). Y el tercer bulto, ¿qué contiene?"

El monje: "Ganas de comer, hambre, sed, y toda clase de penurias":

El Señor: "Y para comprar esta mercadería ¿en cuánto se calcula su precio?"

El monje: "En la justicia, pues *bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados* (íd., 5, 6)".

El Señor: "Serás saciado y obtendrás la justicia, si es que no se interpone la negligencia. El cuarto bulto ¿qué contiene?"

El monje: "Lágrimas, llantos y gemidos. Riego superior y riego inferior".

El Señor: "El luto y el llanto no suelen ser comprados sino redimidos, sin embargo, también tienen su precio, porque *bienaventurados los que lloran porque serán consolados* (íd., 5, 5). El quinto bulto ¿qué contiene?"

El monje: "Algo de precio: misericordia. Y como veo que te agrada, para no hacerte perder tiempo te digo que por la misericordia quiero misericordia, por la temporal quiero la eterna".

El Señor: "No pesas bien las cosas. Por las cosas temporales nunca recibirás las eternas si la misma misericordia no fuera condescendiente contigo. Sin embargo, que se haga según tu fe, y *bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia* (íd., 5, 7). Pero ya tenemos muchas pobreza, llantos, penas, miserias y misericordias. Trae el sexto bulto a ver si contiene algo mejor".

El monje: "Es mejor, ciertamente. Pero a lo que contiene no le gustó la ostentación, y no se puede ver en público sino en lo secreto, en el aposento. Allí hay que fijar el precio".

El Señor: "¡Vamos! Estamos en el interior. ¿Qué es?"

El monje: "La pureza de corazón. Aquí se guardan los vasos preciosos de oro y de plata: la piedad, la caridad, el gozo en el Espíritu Santo. Aquí se exponen para ti vestidos preciosos: las lecturas, las meditaciones, las oraciones, las contemplaciones, pues *los mandamientos del Señor son puros y verdaderos, enteramente justos, más preciosos que el oro, más que el oro fino, más dulces que la miel de un panal que destila. Por eso tu siervo los guarda* (Sal 18, 10-12)".

El Señor: "*El guardarlos ya es una gran retribución* (Sal 18, 12 Vulg.). Pide, pues, lo que quieras".

El monje: "Ver a Dios".

El Señor: "*Bienaventurádos los limpios de corazón porque verán a Dios (Mt 5, 8)*. Desenvuelve el séptimo".

El monje: "Enseguida. Contiene la paz".

El Señor: "¿Me vas a vender la paz?"

El monje: "No está de acuerdo con mi pobreza, ni corresponde a tu justicia, ni condice con tus riquezas, el que recibas algo gratis de mí. Pero ya que abundo y sobreabundo de tantas cosas que me has dado, sólo te pido algo que me falta. Yo soy un hombre rústico y plebeyo, hecho de barro, amasado del limo de la tierra, y me avergüenzo de mi falta de nobleza. No quiero que me digan más: *eres de la tierra y a la tierra irás (Gn 3, 19)*. Más bien quiero que me digan: *eres del cielo y al cielo irás*. Deseo la suerte de los hijos de Dios. Quiero ser hijo de Dios".

El Señor: "Lo dije, lo confieso, y no lo retractaré: *Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9)*. Si guardas la caridad de los hijos *alcanzarás la herencia (Ef 5, 5)*. Pero queda sólo un bulto, desenuévalo".

El monje: "No tiene sino persecuciones y tribulaciones por la justicia".

El Señor: "¿Y qué exiges por éstas?"

El monje: "El reino de los cielos".

El Señor: "Ya te lo concedí como premio o premio de la pobreza".

El monje: "Es cierto. Pero hay mes y mes, semana y semana. Deseo un adelanto. Por la semana o el mes de ahora pido la mitad de lo debido. Por la semana o el mes siguiente, espero lo que falta".

El Señor: "Me admiro de tu prudencia para negociár. Y ahora, *bien, servidor bueno y fiel, ya que fuiste fiel en pocas cosas, te pondré sobre muchas, entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21)*. *Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien (Sal 127, 2)*. Pero como el mundo entero está lleno de personas que ejercen el arte tuyo de negociar, pero pocos tienen tu diligencia, querría que expusieras acabadamente el modo y el tenor de tu negociación, a ver si mueves a algunos de tu carne a que te imiten".

El monje: "Tu sabiduría, que alcanza el fin fuertemente disponiendo todo con suavidad, sabe cómo fui creado por Dios Padre, y transformado en nueva creatura por tu bautismo, y colocado en el paraíso de la buena ciencia para que lo trabajara y lo guardara. Para que lo trabajara ejercitándome en la piedad, y para que lo guardara contra la astucia de la serpiente. Pero yo, entregándome a la pereza y a la desidia, me acosté en el lecho del placer, en el seno de mi Eva, es decir, de la carne que se me había dado, la que me había concedi-

do Dios como ayuda para tener los hijos de las buenas obras, y me dormí con el sueño malo de la seguridad. De esta manera fue como perdí el primer talento del espíritu que se me encomendó, es decir, la razón. De la seguridad caí en la negligencia, de la negligencia en la curiosidad, de la curiosidad en la concupiscencia, de la concupiscencia en la costumbre, de la costumbre en el desprecio, del desprecio en la malicia.

La serpiente era el más astuto de todos los animales que Dios había creado sobre la tierra. Merodeando con un andar escurridizo y falso encontró el agujero de la negligencia en el muro de la circunstancia, y no hallando resistencia entró en el paraíso de mi conciencia y se introdujo hasta mí, que dormía en el seno del mal. Arrastrándose hasta el oído de mi Eva, y silbándole el veneno de la perversa seducción, la hizo levantar del lado de aquel que dormía, y la llevó por el camino de la curiosidad hasta el árbol de la ciencia del bien y del mal, del que había dicho Dios: *En cuanto comieres de él morirás sin remedio* (Gn 2, 17). La mujer vio que el árbol era de hermosa apariencia y de aspecto agradable, y desearlo, consintió, y se acostumbró, y desdiseñó volver al hombre a pedirle consejo, porque hubiera debido volver al hombre, y llegó hasta la malicia, esto es, hasta deleitarse con el pecado y a justificarlo. En cambio vino hacia mí, que era su hombre, con la serpiente, y trayendo la manzana de la desobediencia me la puso en la boca mientras dormía, y la comí. De repente, yo y ella nos hicimos, no un solo hueso, sino una sola carne, es a saber, un solo viejo Adán, completamente carnal, siervo del pecado, esclavo de la muerte, hijo de la perdición.

El Señor vino a pasearse por el paraíso por donde solía andar, donde solía conversar conmigo como habla un hombre con su amigo. Era la hora de la brisa vespertina, y el frío de la malicia ya se había apoderado de mí, y el sol había descendido ya hacia el poniente. Entonces él clamó increpándome con vehemencia y fuerza, y dijo inspirado por el espíritu de su ira: *Adán, ¿dónde estás?* (Gn 3, 8). Mira dónde estás, porque en el paraíso donde te puse ya no estás'. Yo contesté: 'Oí, Señor, tu voz y me escondí, porque estoy desnudo. Me he despojado del vestido de tu justicia y de tu gracia, y teniendo de qué avergonzarme, no por lo que tú hiciste sino por lo que yo me hice, veo ante ti un querubín, y me escondí de tu presencia'".

El Señor airado me arrojó del paraíso de la buena conciencia, me hizo un vestido de piel, es decir, un hábito de monje, vestido que

indica mortificaci3n y penitencia, y pronunci3 sobr3 mi uña pesada sentencia que, impuesta justamente, sobrellevo con piadosa conformidad. Hecho monje, comenc3 a trabajar la tierra de mi carne, maldita por la obra de Adán. Con el sudor de mi rostro comí mi pan, porque aunque trabajaba, la tierra no daba sus frutos sino que germinaba espinas y cardos. Y como me iba mal, volví mi rostro hacia el camino que conduce al paraíso, de donde había salido, y suspirando recordé la misericordia de Dios y reviví. Vi a un querubín, lleno de ciencia, es decir, el padre del monasterio, docto en la ley divina y en las Escrituras, que sacaba de su tesoro cosas nuevas y antiguas. Tenía en su mano la espada de la disciplina que flameaba provocando terror, y que se volvía a todas partes para cortar los vicios espirituales y carnales a diestra y siniestra. Dios lo había puesto para custodiar el árbol de la vida. Me di cuenta de que era el único camino que yo tenía para volver. Aprendí la ciencia de la disciplina, y ceñí mi cintura con la fortaleza, y me entregué totalmente a la espada de la disciplina. Si tocaba mi ojo o mi mano o el pie derecho o el izquierdo, al instante se lo presentaba para que fuera arrancado o amputado, porque prefería entrar tuerto o manco en el reino de Dios, a ser arrojado con todo esto a la gehena. Fui, pues, perfectamente circuncidado y abrasado por la disciplina. Luego que atravesé valientemente este río de fuego venciendo mis vicios, fui acogido por el consejo de la obediencia para ser informado por las virtudes. Después de esto, gracias a los mandatos de Dios, se aclaró mi mente, y para que yo me entendiera a mí mismo y a mis caminos por él mismo, merecí recibir la luz de la inteligencia. De ahí llegué a la sabiduría, y puesto que, como ella misma lo dice, el árbol de la vida es de aquellos que la abrazan, como pobre y famélico, tomé con todas mis ansias sus frutos, ciertamente dulces a mi paladar, y los comí con gran apetito. Luego que merecí alimentarme con ellos, me olvidé de mis males, recobré el espíritu, y alcancé la esperanza de la eternidad. Ya, ciertamente, el temor del Señor, que nada descuida, reparaba los daños de mi antigua negligencia, la piedad reparaba los de la concupiscencia, la fortaleza los del consentimiento, el consejo los de la costumbre, la inteligencia los del desprecio, la sabiduría los de la malicia, porque *la sabiduría venció la malicia* (Sb 7, 30).

También la ayuda que había recibido a mi regreso la recuperé de algún modo duplicada, puesto que recibí el temor casto en lugar del temor servil; en lugar de la piedad, la misma piedad, pero más grande y luminosa; en lugar de la ciencia, la plenitud de la ciencia,

esto es, la caridad; y cambié la fortaleza por otra fortaleza, pues la que antes se fundaba en el temor, ahora lo hacía en la virtud. A propósito de la primera ha sido escrito: *Hiciste del temor su fundamento* (Sal 88, 41 Vulg.), pero de la segunda: *Mi fuerza y mi alabanza es el Señor* (Éx 15, 2). Recibí consejo de inteligencia en lugar de consejo de obediencia, e inteligencia de sabiduría en lugar de inteligencia de ciencia, y aun recibí la misma sabiduría. Todo esto es lo que me da el verdadero árbol de la vida, o como dicen los griegos, el *panxulon*, esto es, el árbol universal. Por él efectivamente, recuperé todo lo que había perdido a causa de los pasados males de la razón, con ganancia multiplicada. Deseando entonces ardientemente las riquezas de Dios, oí discurrir a la sabiduría sobre las ocho bienaventuranzas, en el monte de la perfección. Se encendió entonces el deseo al oír la palabra 'bienaventuranza' y el enunciado de la octava bienaventuranza, acerca del cual David canta el Salmo: *Al final para la octava* (Sal 6, 1; 11, 1), es decir, la esperanza de la feliz resurrección, después del sábado de reposo. Y él me oyó.

En cuanto encontré el tesoro de la bienaventuranza en el campo de la pobreza, fui, vendí todo lo que tenía y compré aquel campo, y me hice pobre de espíritu. Lo mismo hice con las demás: con el temor adquirí la pobreza de espíritu; con la piedad, la mansedumbre; con la ciencia, el dolor de las lágrimas, pues *el que acumula ciencia, acumula dolor* (Si 1, 18). Así, con cada una compré algo, hasta que llegué a la sabiduría que da a los bienaventurados pacíficos el poder llegar a ser hijos de Dios. Estas cosas, pues, que conseguí después de mucho sudor y con un gran esfuerzo de negociación, te expuse hoy, y te pido el precio o el premio que prometió la verdad a cada una de las bienaventuranzas".

El Señor: "Oh, qué bien andarían los asuntos de los hombres si se ejercitaran en estos negocios todos aquellos que se consumen en la concupiscencia de la carne, en la mirada de los ojos o en la ambición del siglo, y se disipan en cosas y afectos ociosos, embarazosos, perecederos. Ciertamente la mente no se ocuparía con su recuerdo, ni la razón sería solicitada, ni la voluntad se adheriría. Entonces la mente no se disiparía, la razón no se engeguercería, la voluntad no se mancharía. Así se viviría sobriamente consigo mismo, justamente con el prójimo, piadosamente para con Dios. Así se esperaría con alegría la feliz esperanza y llegada del gran Dios de la gloria. Pero ¿qué es esto? He aquí que veo a otro negociante que trae cosas para vender, pero no tiene sino cuatro bultos. Me parece que es como el hombre

negociante que busca perlas finas”.

El monje: “Así es. Es uno de entre la multitud de hombres a quienes les basta tener lo suficiente para vivir. Es un negociante de poca monta, monje de obediencia tibia. Vive siempre en el campo con la numerosa multitud de Judea y de la región costera de Tiro y Sidón, y no quiere subir con los apóstoles al monte del Señor, ni estar en su recinto santo, ni oír a la sabiduría que habla de las ocho bienaventuranzas. Le basta lo que oye en el campo, lo mismo que oye la multitud y los que vienen para ser curados de sus enfermedades. No conoce la mansedumbre, ignora la misericordia, no piensa en la pureza de corazón, ni puede oír hablar de aquella paz que supera todo conocimiento. Tiene pobreza de corazón, esto es, humildad con fe, llanto de penitencia, hambre de justicia, y constancia para perseverar en todas estas cosas hasta las angustias de la persecución y de la muerte. Puede vivir con esto, y sin esto no puede vivir. Pero lo adocrinó Lucas, aquel médico sirio que, como médico, sabe lo que le conviene a cada uno, mas no le reveló las delicias y riquezas que recomendó mi cobrador de impuestos, Mateo, sentado en su telonio, esto es, entregado a tales ganancias y doctor en tales negocios”.

El Señor: “Sí, pero de tales es el reino de los cielos. Como dice Job: *Tanto el pequeño como el grande, están allí* (Jb 3, 19). A la pobreza de espíritu se le debe el reino de los cielos, a los que lloran el consuelo, a los que tienen hambre la saciedad, a los que perseveran en la tribulación una gran recompensa en los cielos. Pero te ruego, oh negociante mío, ¿dónde has negociado, dónde has ganado esto, dónde has adquirido esto?”

El monje: “En el monasterio, en el claustro, en la disciplina claustral. Allí es el lugar de los negocios, allí la posibilidad de realizar estas ganancias. Yo no recuerdo haber salido de allí para adquirir ganancia alguna”.

El Señor: “¡Oh feliz mansión la de ese monasterio! Te hago apóstol de tus hermanos. Diles de mi parte que no se deleiten en salir o en vagar fuera de los claustros del monasterio, ni a menudo, ni lejos, pues allí es donde tienen tan gran posibilidad de adquirir ganancias.

VIII. EL REY Y EL SIERVO A QUIEN AMABA

Cierto ciudadano mató al hijo de un rey. Cuando era llevado para ser castigado, lleno de arrepentimiento comenzó a implorar piedad a los jueces. Ya comenzaban éstos a inclinarse a la misericordia, cuando encontrándose con otro hijo del rey, lo mató. ¿Quién le tendrá de nuevo misericordia? Así es el monje que, estando en el siglo, mató su alma por el pecado, y entró luego en la vida monástica como para hacer satisfacción por el pecado. Si por causa de su negligencia en esta nueva vida, escandaliza las almas de los seculares y, en cuanto puede, las mata, excluye de sí toda esperanza de perdón. Más aún, por el doble pecado, duplica la pena.

